

La Caída del Dólar: La Casa Usher en la economía global

"Durante toda una jornada lúgubre, oscura y silenciosa del otoño del año, en que las nubes pendían bajas y opresivas en los cielos..." Así comienza la obra de Edgar Allan Poe: *La caída de la Casa Usher*, la historia de una ruina inevitable, donde la decadencia se vuelve evidente y el colapso una cuestión de tiempo. En muchos sentidos, la actual depreciación del dólar y sus consecuencias en la economía global pueden recordarnos esta narrativa, que no es una caída súbita, sino el proceso de una erosión estructural y constante, que genera incertidumbre y temor en los mercados y, sobre todo, en las personas.

Desde mediados de 2024, el dólar estadounidense ha mostrado una tendencia a la baja debido a factores como la ralentización del crecimiento económico en Estados Unidos, el endurecimiento de las políticas comerciales y el intento de varias economías por reducir su dependencia de esta divisa. Joseph Stiglitz (2002) advertía que "la excesiva dependencia de una sola moneda en el comercio global es una fuente de inestabilidad económica"; hoy ese argumento cobra gran relevancia. Países como China y Rusia han acelerado sus esfuerzos por transaccionar en yuanes y rublos, mientras que economías dolarizadas como Ecuador enfrentan varios efectos inflacionarios.

¿Recesión en la puerta?

El debilitamiento del dólar es un síntoma, mas no la enfermedad. No debemos confundirnos. Detrás de esta depreciación monetaria hay factores más profundos que apuntan a un posible escenario recesivo. Paul Krugman (2018) sostenía que las crisis económicas suelen ser el resultado de expectativas negativas y la pérdida de confianza en los mercados financieros, pues en economía la volatilidad está intrínsecamente ligada a la confianza. A medida que el dólar pierde valor, la inflación importada se convierte en una amenaza dominó para economías dependientes de esta divisa y de la importación de bienes.

En Estados Unidos, las medidas proteccionistas, como el restablecimiento de aranceles al acero y aluminio, han creado un ambiente de tensión comercial que podría desacelerar el crecimiento global. A esto se suma un mercado laboral con signos de estancamiento y un sistema financiero aún frágil después de la crisis bancaria de 2023. No es coincidencia que, en los últimos meses, varios analistas de *Bloomberg* y del FMI hayan advertido sobre un riesgo latente de recesión para 2025.

Estrategias de recuperación: El caso de las economías que devaluaron

Mientras el dólar se debilita en el mercado global, otras economías que sufrieron depreciaciones han logrado recuperarse mediante estrategias agresivas de estímulo, lo que confirma que el mecanismo de devaluación no es más que una herramienta que puede ser bien o mal utilizada, como otras. Un ejemplo clave es Argentina, cuya crisis cambiaria de 2018-2019 llevó a una devaluación muy fuerte del peso. Sin embargo,



mediante la renegociación de deuda con el FMI y el control del déficit fiscal, ha logrado reducir la volatilidad de su moneda.

Brasil, por otro lado, enfrentó una fuerte devaluación del real en 2020, pero el Banco Central implementó tasas de interés estratégicas para contener la inflación y atraer la inversión extranjera. Estos casos muestran que la depreciación de una moneda no es necesariamente una sentencia de muerte, sino una oportunidad para reconfigurar la política económica, aunque pueda ser un arma de doble filo.

El caso ecuatoriano: Entre la rigidez y la vulnerabilidad

Ecuador enfrenta una situación bastante particular. Como economía dolarizada, no puede recurrir a la devaluación de su moneda para ajustar sus condiciones de competitividad a la carta, ni cuenta con un banco central con capacidad para manejar política cambiaria. La caída del dólar encarece las importaciones y podría generar un alza de precios internos e inflación, afectando especialmente a sectores como el agrícola y el manufacturero, que dependen de insumos importados en sus cadenas de valor.

Por otro lado, una depreciación del dólar podría (de cierto modo) beneficiar el turismo y las exportaciones no petroleras al hacer que los productos ecuatorianos sean relativamente más baratos en los mercados extranjeros. Sin embargo, esto sería efectivo solo si se generan incentivos para la producción y se reduce la dependencia del financiamiento externo. Como diría Keynes (1936), “el problema real no es la oferta de dinero, sino la confianza en el futuro”. Y en este momento, Ecuador enfrenta un panorama de incertidumbre económica y fiscal a las puertas de un proceso electoral.

¿Un colapso evitable?

Al final de *La caída de la Casa Usher*, de Edgar Allan Poe, la mansión termina por derrumbarse en un lago oscuro, símbolo de su propia decadencia. Sin embargo, la economía global no es un cuento de terror con un desenlace escrito. Si bien la caída del dólar y los riesgos de recesión generan preocupaciones legítimas en los mercados, los países con mayor flexibilidad de política económica han demostrado que pueden sortear las crisis con medidas oportunas.

Ecuador, un país con una economía dependiente del comercio exterior, enfrenta mayores desafíos. Su estabilidad dependerá de reformas estructurales, la capacidad de atraer inversión extranjera y el fortalecimiento de sectores estratégicos. Como en el texto de Poe, la clave está en identificar los signos de su propia decadencia antes de que la estructura colapse. La pregunta es: ¿estamos a tiempo de evitarlo?

Mg. Ec. Amanda Hidalgo Astudillo
Investigadora del ICPI